
PARECER

Ver: *Falsedad y error / Idealismo / Verdad y error*

«La cosa es que el hombre va ejecutando y realizando una cierta selección. Y de esta manera, como acto, como un momento de mis estados mentales, como algo que constituye el campo de la realidad y como algo que fluye en ese campo de la realidad en dirección, orientación y selección, es como la inteligencia está física y fluentemente en la realidad.

¿Quién es el que fluye? El que fluye soy yo mismo. De esto no hay la menor duda. La Psicología al uso –inclusive la de William James– ha sustantivado de tal manera el torrente de la conciencia, que al fin y al cabo mete justamente al propio yo dentro de la conciencia.

Esta es una operación difícil de realizar. Quien fluye soy yo-mismo. Ahora bien, yo-mismo no estoy en el fluir de la vida como un soporte sobre el cual la vida fluye. Esto no. Esto sería completamente equivocado. Donde estoy yo justamente en mi fluir es en mi estar fluente en la realidad: justamente en el campo de la realidad.

Pues bien, mientras las demás cosas, transcendentamente inmersas en el campo de la realidad, pasan delante de mí, que estoy justamente como “centro” de ese campo, la posición del yo es ser el centro del campo de la realidad, no ser soporte suyo.

De ahí que este yo, colocado así en el centro del campo de la realidad y entre las cosas que concretamente van sucediéndose (van pasando); el hombre se encuentre ciertamente entre las cosas reales, pero aquello en que esté sea en la realidad.

Bien entendido que, como no son cosas independientes la realidad y las cosas reales, sería quimérico pretender estar en la realidad sin las cosas reales. Tan quimérico como sería pretender estar en las cosas reales sin estar justamente en la realidad.

La dirección, la orientación y la selección son algo que, en última instancia, a quien miran es al yo. A este yo que intelectivamente está realmente en la realidad, al estar con las cosas y entre las cosas, con que va haciendo su vida.

Esto no es una egología. En absoluto. Esto no quiere decir que todas las cosas existen *para mí*, pero sí que todas las cosas son vistas *en mí* y, si se

quiere, inclusive, queridas *en mí*, no *para mí*, pero sí *en mí*. Quiere decir que el yo ejercitaría en el campo de la realidad la función de ser un centro y, al propio tiempo, un medio de todo cuando en él acontece.

Ahora bien, ¿qué es eso que acontece al yo, al ser un centro? Si se tratase nada más que de que hay esta fluencia, el hombre se encontraría con que va cobrando, por estar en la realidad, una cierta figura: se la dan las cosas, la pura fluencia. Pero no es el caso del hombre.

El hombre tiene que hacerse inexorablemente. Y al hacerse, va cobrando más caracteres en su realidad sustantiva, va cobrando la figura de su yo, que es el ser sustantivo de la realidad humana. El yo es el ser sustantivo que el hombre va adquiriendo. Al ejecutar sus actos en forma fluente, el hombre va configurando su yo, es decir, su ser sustantivo.

¿Cómo hace el hombre esta figura de su ser?

Imaginemos que esto que se llama la corriente de la conciencia fuese lo que dice William James, un fluir que en cada instante fuera tan irreductiblemente distinto de lo anterior, que no tuviera nada que ver lo anterior; que fuese todo una realidad, pero sin repetición ninguna.

El hombre no podría hacer otra cosa sino dejarse vivir. El hombre formaría su vida, pero no se propondría, ni podría proponerse, el hacérsela. En ninguna manera. El hombre necesita para eso, por lo menos, que haya algo que constituya una cierta repetición en el curso de ese torrente. Sin ello, el hombre se formaría, pero no se haría su vida. [...]

Todo acto que el hombre ejecuta refluye sobre el ejecutante añadiéndole – en todo caso modificándole – rasgos que pertenecen a ese yo. [...] Las cosas, por muy distintas y dispares que sean, por muy ajenas que sean al hombre, van dejando justamente la impronta retrospectiva, en virtud de la cual esas cosas físicas van justamente imprimiendo caracteres a mi yo, a mi realidad, a mi yo sustantivo, a mi ser sustantivo.

Ahora bien, si esto es así, es menester que el torrente, lo que se llama fluir, no sea tan radicalmente heterogéneo que no quepa en él repetición ninguna.

Y, efectivamente, hay una repetición, en el sentido de que el torrente fluye, la fluencia, es siempre *recurrente*. Quiere decir que vuelven a pasar complejos de notas que serán completamente idénticas, que no son sujetos ni sustancias, esto tampoco, pero que sí son sistemas de notas, que por lo menos parcialmente se van repitiendo en distintos instantes de la fluencia.

Solamente entonces el hombre puede apoyarse en las cosas para hacer su vida: cuando hay recurrencia. En esa recurrencia de algunas notas o de todas, por lo menos a las idénticas yo las reconozco como idénticas; yo veo en cierta manera que lo que estoy viendo ahora es lo que tal vez vi antes. No por completo, pero por lo menos en parte.

Si lo que quiero es contemplar estas notas desde el punto de vista de la recurrencia de las notas que antes fueron, entonces me encuentro con que, a lo mejor, esas notas que veo –reales, ciertamente– parecer ser un hombre, pero a lo mejor son un arbusto que está en el horizonte. Es el orto de la distinción entre el parecer y la realidad.

Solamente donde hay recurrencias puede haber un fundamento para la diferencia entre la realidad y el parecer. El parecer está dentro del carácter físico de realidad.

De ahí que el hombre tiene que apoyarse en estas cosas para poder hacer la figura de su ser, entonces el hombre, ante esas recurrencias, lo que tiene que hacer es “figurarse” cómo son las cosas. Justamente ahí está el momento de lo irreal. El hombre se figura cómo son las cosas. Elaborar lo irreal es figurarse, por lo menos de una manera radical, cómo son las cosas, lo que son las cosas.

Comoquiera que sea, el hombre se figura. Y se figura en el sentido más medial del vocablo. Se figura, porque tiene necesidad justamente de figurarse cómo son las cosas para apoyar su vida en ellas; pero, además, no solamente tiene necesidad de figurarse cómo son las cosas, sino de figurarse en el sentido medial del vocablo. “Se” figura, es decir, se *autoconfigura*.

Figurarse es algo inexorable para ir fluentemente a las cosas, apoyándonos en ellas para hacer mi propio yo.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 120-125]



«Ante todo, parecer es una actualidad de la cosa real: es la cosa real en su propia realidad la que está actualizada como parecer. No es parecer realidad, sino *realidad en parecer*. Pero, en segundo lugar, es actualidad en “dirección”. De lo contrario, la cosa real no tendría parecer. Algo parece ser o no ser solamente si parece ser o no ser lo que “sería”.

Esto es, parecer es una actualidad, pero en dirección, pues según hemos visto, “sería” es formalmente dirección. Pero esto no es suficiente. Porque el “sería” es siempre y solo un *determinado* “sería”. Algo parece ser o no ser no lo que sería sin más, sino lo que sería tal o cual cosa determinada. La determinación del “sería” es esencial al parecer.

El parecer, pues, no es solo actualidad direccional sino actualidad en dirección “determinada”. En tercer lugar, es una actualidad de la cosa real en cuanto esta exige en su actualidad, tanto inclusivamente como exclusivamente, determinados “sería”.

Solo entonces hay parecer. Sin este tercer momento el “sería” estaría ciertamente determinado, pero no pasaría de ser momento direccional de

una simple aprehensión. Solamente hay parecer cuando este determinado "sería" está existencialmente determinado por la cosa real.

Reuniendo ahora unitariamente estos tres momentos en una sola fórmula, digo que parecer es la actualidad existencial de lo real en una dirección determinada. Es la actualidad de lo coincidente en cuanto coincidente. [...]

El contenido del parecer es siempre y solo aquello que la cosa real es en realidad. En otros términos, parecer es siempre y solo parecer de lo que algo real es en realidad. La actualidad del "en realidad" es el parecer y recíprocamente el parecer es la actualidad intelectual en cuanto intelectual de lo que la cosa es "en realidad".

Precisamente por esto es por lo que el parecer constituye un modo propio y exclusivo de actualidad de la cosa en la intelección afirmativa. La aprehensión primordial de realidad no es ni puede ser parecer: es pura y simplemente realidad.

Todos los idealismos, tanto empiristas como racionalistas, dan por inconcuso que lo aprehendido (esto es, lo que yo llamo aprehensión primordial de realidad), es un mero parecer, y que solo a la razón incumbe determinar lo que es la realidad. Pero esto es absurdo, porque lo inmediato y directo de lo real, aprehendido primordialmente, excluya *a limine* la posibilidad misma de todo parecer.

Todos los idealismos hablan del parecer, pero no se han cuidado de dar un concepto estricto de este modo de actualidad. Lo aprehendido en aprehensión primordial de realidad tiene esta intrínseca compasión en virtud de la cual no es sino real. La compasión consiste en no tener, ni poder tener, el momento del parecer.

Es real y solo es real. En ello consiste toda su irremplazable grandeza y su posible pobreza. En cambio, en lo real aprehendido no primordialmente sino diferencialmente, hay siempre una radical incompasión; incompasión es la diferencia entre realidad y parece.

Al decir que algo "parece" no pretendemos decir que "sólo parece". Esto es absurdo. Parecer no es ser "apariencia". El parecer es un modo de actualidad de lo real mismo, y por tanto lo real actualizado en una afirmación es real y a la vez parece serlo.

El parecer no se opone formalmente, ni tan siquiera se opone de hecho forzosamente, a ser real. Lo real inteligido en distancia es real y parece serlo, por lo menos no está excluido que pueda ser así. El parecer en cuanto tal no es algo opuesto a lo real, sino un modo de actualidad de lo real mismo. Si se quiere es el "aparecer".

Y en efecto, lo pura y simplemente real tiene su verdad real propia, la cual está incoativamente abierta. ¿A qué? Decíamos que lo está a otra actualización. Pues bien, ahora debemos decir a lo que en primera línea está abierta la verdad real, esto es lo pura y simplemente real, es a parecer serlo en una intelección en movimiento.

Ahora bien, esta actualización en movimiento es justo la afirmación, el juicio. El juicio es intelección distanciada de lo que una cosa real es en realidad; es pues intelección en coincidencia.

Pues bien, como en esta intelección distanciada y coincidente está la actualidad de la cosa como "parecer", resulta que el término formal del juicio es el parece. El juicio es, por así decirlo, el *órganon* formal del parecer. He aquí lo esencial: juzgar es siempre y solo inteligir lo real en su parecer.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza Editorial, 1982, p. 279-281]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten